

ción comercial. Si un distribuidor pretende seguir comercializando esa película, debe recomenzar el proceso de importación, pagar los cánones debidos, emitir nuevas copias y reiniciar el doblaje. Sin embargo, a lo que se ve, la picaresca hace mella desde años en este proceso y mucho antes que el primer período de explotación caduque, los distribuidores vuelven a sacar al mercado las viejas copias de la película y las relanzan como "auténticos estrenos". El precio de la entrada no varía por ello, el público pica con facilidad y se hace así un fácil aunque deshonesto negocio.

Y cuando la segunda importación es auténtica, se consigue no volver a doblar la película, y así los cortes que sufrió hace años vuelven a existir, esta vez no por decisión de los censores de turno, sino por la habilidad comercial de los distribuidores. Todo lo contrario, por ejemplo, de lo que ocurrió el pasado domingo en TVE, donde la proyección de "El jardín de las delicias", de Carlos Saura, permitió a los españoles ver por primera vez la versión íntegra de la película (aunque una de las secuencias cortadas perdiera definitivamente la banda sonora). Nada de eso ocurre con, por ejemplo, "Grupo salvaje", de Sam Peckinpah, a la que siguen faltando todos los minutos que se cortaron en su momento, lo que no impide que en el relanzamiento estas películas se anuncien en su "versión íntegra".

¿No hay una ley que determine cuándo y cómo puede reponearse una película? ¿Se puede engañar a los espectadores sin que éstos tengan derecho a reclamar con toda justicia? ¿No se ha previsto aún la Asociación de Espectadores o algo similar para poder acabar con los abusos de este tipo? El cine está dejando de ser un espectáculo barato, hace mucho que las salas dejaron de ser cómodas y prácticamente nunca los proyeccionistas han respetado la integridad de las películas. Si a todo eso se añade la mentira de la publicidad y las trampas legales de las reposiciones, poco va a quedar decente y válidos. ■ DIEGO GALAN.

ADIOS A LAS LETRAS

Juan Cueto

ESTABA yo en el trópico, y en esto que siempre hay una ola que te envuelve, te saca de tus casillas, te llama hacia ella: eres, al fin, el hijo putativo de la ola; la ola es la madre putativa de la ola.

Me lanzo al vacío: la ola es el trampolín del vacío, aquel lugar del mundo en el que tú duermes sobresaltado, relacionando tu cuerpo con el hueco que hay más allá de lo que sobresale de tu frente. Al final del hueco, el vacío, el suicidio que buscas, al término de tan enorme precipicio encuentras una idea.

El error de los filósofos es creer que las ideas se hallan en el despacho; las oficinas son los economatos de las ideas. Los futbolistas tienen idéntica fijación: creen que es en el estadio donde pueden disparar a gol con más acierto. Al contrario, es en el sueño donde pueden dar en la diana sin tanto trauma. El sueño ha de ser reivindicado como campo de juego de los futbolistas.

Juan Cueto saltó ante mí, en esa ola, como una idea preconcebida. Las ideas relativas a los filósofos son ideas preconcebidas. Yo jamás tendría una idea acerca de Sartre que fuera un pensamiento posconcebido. ¿Cómo puede pensar uno a partir de lo que pueda pensar alguien? El pensamiento siempre es primigenio. Lo que han hecho los filósofos es acabar con el pensamiento. Por eso San Pedro murió tan dulcemente.

La ola llevaba a Cueto como en volandas. Él cruzó ante mí, sin atreverse a abrir la boca, herido por un ser que pasa ante ti, a la búsqueda de un mar que le vaya mejor, motorista de la ida, eterno, vóltul, fugaz pensador de los montes astures.

No esperaba encontrármelo allí, despavorido, desnudo, como los hijos de la mar. Yo sabía que le gustaba el ajedrez, que disfrutaba con tremendo disparate, pero jamás pude sugerirme que ese mismo era el personaje que practicaba el surf con una moto por encima del agua.

Los tropicales me pinchaban, querían que yo me dirigiera a él, que buscara de su bigote una sonrisa, una palabra que le sacara del atolladero, aquella seriedad de hombre de las nieves que se le mete entre ceja y ceja, uno de los bigotudos más

ilustres del reino. Pero no viene, sigue en la cresta de esa ola, en un agua cenagosa, de la que él sabe que no va a salir jamás esa tarde, mirando a lo lejos, como si esperara encontrar, en la luz que hay al final del Caribe, la respuesta a sus ojos de araña inconfundible, el silencioso más hablador del planeta haciendo cabriolas fantásticas a bordo de un objeto incandescente robado al Skylab.

Los burgaleses que asistieron al reciente con-



Juan Cueto Alas.

greso de las industrias culturales, se preguntaron que a dónde habría acudido tremendo personaje, que no había estado en el lugar del delito, mientras ellos escuchaban las doctas conferencias de los congéneres de este trabajo.

Desde el trópico, adonde fue invitado por el festival de cine sentimental que yo organizo cada año en casa, Juan Cueto pasaba conmigo los mejores momentos del inicio del surf, aquel episodio trascendental en el que Humphrey Bogart inició el cambio de rumbo del deporte citado, significando, en público, estas palabras: "¿De todo los bares del mundo ella tenía que acabar en el mío?". Juan Cueto abandonó la plataforma del surf, me miró ladeado, como en un suspiro, y se puso a contar granos de arena. "Trece mil dos -dijo, como Mingote-. Esto es la paz". Cuando terminó de contar granos -36.002- era de noche y se volvió a Gijón. ■ SILVESTRE CODAC.

"Viaje a la gran Tartaria"

En un mundo de locos donde un asesino vestido de "cow-boy" dispara contra los transeúntes, una madre obliga a su hija a ir siempre con careta, un marido entra en su casa a punta de hacha, el mar está lleno de sucio

petróleo, los coches son incendiados los sábados por la noche, los psiquiatras atormentan a sus hijas, se ahorca a la gente sin que se sepa por qué, se retransmiten en directo los últimos fusilamientos de cualquier guerra actual, es decir, en un mundo totalmente cotidiano donde nadie es feliz ni pretende serlo, Jean-Charles Tachella ha situado su primer largometraje que, como indica su tí-

tulo, es un largo viaje por nuestro entorno; el intento de dos personajes por sustraerse de la estupidez reinante y acercarse consciente y voluntariamente a la muerte. Pero ni eso les será posible y acabarán de nuevo sepultados en la mediocridad general, sin esperanzas ni alegrías.

Tachella posee un excelente sentido del humor, aunque en ocasiones sea éste muy obvio y

Cultura a la contra

El diablo

El diablo siempre ha estado de moda; su estilo de simpático rebelde, vestido de estudiante para gastarle terribles bromas al doctor Fausto, o presidiendo los aquelarres bajo forma de macho cabrío, soliviantando a los campesinos para que luchasen contra los cabrones —eclesidásticos, nobles, señores...— durante la estrellada noche medieval, o convertido en genio de la desesperación para el ciego Milton, o grandioso bromista para los románticos, o anarquista total para el surrealismo (tendencia Artaud); su estilo múltiple y diverso, digo, no pasa de moda. Porque el diablo es bello y atractivo —seduce a mocitas y mocitos, incubo o súcubo dispuesto a satisfacer cualquier deseo salaz— y porque la negación y la rebeldía siempre han sido motores para los más nobles de espíritus.

Pero últimamente, como todo, el diablo ha sido asimilado por el sistema industrial-policiaco que nos atenaza con garra de terciopelelo y se vende en cines y librerías con ropajes multicolores y cambiantes. Pierde su aguijón, es un horrendo sin causa, un bailarín en zarabandas y bailes de disfraces. El negador ya no tiene que negar —porque su antagonista, Dios, se oculta cada vez más, rehúye la lucha, escurre el bulto y se dispersa— y se limita a visitar salones elegantes, a frecuentar salones y discotecas, a venderse como un producto más, a plazos o al contado. El arcángel que tenía como tema "Non Serviam" sirve a todo y a todos. Es una pena. Y es una pena no sólo desde el punto de vista ético, sino estético: nos quitan un héroe, un interesantísimo personaje literario, una mina de sugerencias estilísticas, de reflexiones. Lo banalizan y lo convierten en algo tan pobre como la margarina, en un sustitutivo del sueño.

Y, ahora, el diablo —ese pobre diablo de cuernos recortados— ha encontrado empleo en los Estados Unidos. Todo empezó con la película "El exorcista", bodrio insoportable y estúpido, que servía a los intereses de los jesuitas americanos, tan deportistas y tan normales, tan preocupados por la salud de sus mamás, tan sanos. Aquel demonio repugnante les hizo un gran favor a sus enemigos naturales y fue un alegato a favor del catolicismo puesto al día en los protestantes Estados Unidos de América. Pero la cosa sigue. En el Imperio, el demonio se vuelve a vender bien. Ahora se ha convertido en terrorista. No nos engañemos, dicen: en realidad, todos los grupos radicales de izquierda o de derecha no son pagados por la CIA ni tampoco por la KGB; son, en realidad, agentes de Satanás, peones en un plan de desestabilización cósmica. Los americanos descubren con horror —a través de "best-sellers" difundidos masivamente por el Club del Libro Americano, que llega a toda la clase media del país, de artículos de periódicos, de bromas y de chistes— al siniestro murciélago detrás del Ejército de Liberación Simbiótica, o del Partido Nazi Americano. Los Angeles del Infierno son verdaderamente del infierno. El demonio ha encontrado por fin algo que hacer: servir de fantoche, de hombre del saco para las buenas conciencias. De enemigo de Dios ha pasado a ser enemigo del sueño americano. Parece que estuviésemos en la España de Arias-Salgado, padre.

Convertido en un grapo cualquiera, con azufre y telekinesia en vez de pistolas y goma-2, Lucifer ha puesto precio a su rebeldía. Sirve ahora a los intereses de sus enemigos naturales —el poder, la mentira de la supremacía de uno sobre todo—, es un instrumento de propaganda. Es "hippy", ácrata, marxista o quemanegrosmpedernido, según convenga. Y sirve como argumento supremo para justificar la caza de brujas, de cualquier bruja. Pronto será también homosexual, feminista o cubano. Admite a Dios y se convierte en su lacayo. Así, con el tiempo, volverá a ocupar su trono de arcángel en los cielos, aunque disfrazado y en secreto. ¡Pobre diablo! ■ EDUARDO HARO IBARS.



"Viaje a la gran Tartaria", de Tachella.

repetitivo. No siempre acierta a sorprender, pero mantiene en su película un buen tono medio. Sin la maldad irónica de Buñuel ("Nazarín" o "Ese oscuro objeto de deseo", por ejemplo) ni las pretensiones sociales de Bardem ("El puente"), Tachella se sitúa en un plano "europeo" y ácrata, bastante irregular y a veces sugestivo. Su película funciona por acumulación de "gags" y situaciones disparatadas sin que el espectador encuentre una progresión dialéctica que le lleve a una conclusión más importante que la de entender nuestra sociedad como un cúmulo de desatinos. Esto no es poco, pero hasta el propio Tachella sabe que las guerras no sólo son idiotas, sino injustas y tienen unas razones más inquietantes que las de la simple imbecilidad ajena. Algunos momentos de "Viaje a la gran Tartaria" (como la visita a la supuesta violada, el robo de la comida, las fugaces y siempre sorprendentes apariciones de la Policía y, sobre todo, la magnífica interpretación de Micheline Lanctot en el personaje femenino) son aciertos que no desaparecen a pesar de venir contrapunteados por secuencias menos brillantes, como la del secuestro del protagonista masculino por parte de un sonado ex deportista.

Desconocemos de Tachella su segundo largo, los primeros cortos, sus críticas de cine y sus guiones. Pero esta película abre el apetito. No satisfacerlo tampoco conduce a la anemia. ■ D. G.

A Videla no le gustan los argentinos

Iba a ser una de esas "semanas del cine español", que la actual Dirección General se empeña en realizar en todas partes como única forma de operar sobre la agonía de nuestro cine. En Buenos Aires iban a proyectarse "La escopeta nacional", de Berlanga; "Al servicio de la mujer española", de Armiñán; "La guerra de papá", de Mercero; "Los días del pasado", de Camús; "Mi profesora particular", de Camín; "Mi hija Hildegart", de Fernán-Gómez, y "Raza, el espíritu de Franco", de Herralde. Siete películas representativas de lo que fue el último cine español, "de lo que pudo haber sido y no fue", según un tango argentino.

No se pudieron proyectar esas películas en Buenos Aires, ya que en la mayoría trabajaban actores argentinos que tuvieron que exiliarse por motivos políticos. Y Videla no perdona. Antes al contrario, está dispuesto a perseguir a los disidentes allí donde se encuentren. Marilina Ross, Héctor Alterio y Luis Politi aparecen en cuatro de las películas programadas y por ello —sólo por ello— fueron prohibidas. Para que la cosa no resultara demasiado evidente se dijo también que había demasiado erotismo en estas películas españolas. No recuerdo erotismo alguno en "Raza", "Los días del pasado", "Al servicio de la mujer española", "Mi hija Hildegart" o "La guerra de papá". Quizá, sí, alguna secuencia de